



## Una plegaria por lucifer

Ricardo Cabrera  
Septiembre 26, de 2020

Cuando las historias se hacen incomodas, los adultos prefieren esconderlas de los más pequeños, de aquellos que a su juicio no tienen la capacidad para entender, sin embargo, este relato ha trascendido a través del tiempo, y aunque hoy para muchos es una leyenda, ni duda cabe que, en algún lugar de este vasto planeta, alguien con la misma inocencia que la protagonista, eleva una plegaria por el diablo.



Rincón de Romos es un hermoso pueblo provinciano Enclavado en la Sierra madre Occidental, en el municipio de Aguascalientes, con el correr de los años, esta población ha adquirido un color antiguo, como si el tiempo no la tocara, es cierto la modernidad se encuentra presente en las calles, en los bolsillos de sus habitantes a través de un celular, o de un reloj, pero la esencia reside en sus paredes, en sus acueductos en los colores propios de una población que se ha negado a integrarse del todo a los nuevos tiempos.

Hace muchos años, que importa cuantos, ni siquiera los nombres de los protagonistas, la trascendencia está en los hechos de los mismos.

Una de tantas familias residentes de este idílico, cuya única riqueza residía en el inmenso amor que su hija pequeña les prodigaba. La niña era de una naturaleza tal que parecía un pequeño ángel al que le habían abierto las puertas en el cielo y había sido dejado en custodia a los humanos.

para la pequeña, las carencias económicas de familia no representan un problema grave, pero para sus padres que veían día tras día, noche tras noche como mermaban sus reservas, la preocupación difícilmente los dejaba conciliar el sueño.



Más de una noche irse a la cama sin cenar era algo común, esta situación era disfrazada por los padres como una aventura diaria, y el hambre que sentían en sus estómagos, oscuros demonios que se encargaban de fustigar sus cuerpos por estar llenos de pecados. Entonces, la niña con los miraba con sus ojos limpios y llenos de pureza y les decía.

—Yo no siento dolor en mi barriga, ni siquiera hambre, no se preocupen por mí. El padre se agachaba y la tomaba de los brazos, la abrazaba contra su pecho y le decía.

—Es porque tu hija en realidad eres un pequeño ángel que ha llegado a nuestras vidas.

La dejaban sola, pero desde la puerta la veían hincarse y rezar con el más profundo fervor posible. La niña oraba por todos, por sus padres para que no sufrieran las penas de no tener dinero, por los animalitos del campo y por todo aquello que viniera a su cabecita y le pareciera digno de encomio.

Las pláticas entre los adultos, algunos de ellos vecinos y que al igual que sus padres atravesaban por una situación similar decían sin tapujos, con el único consuelo de los débiles que prefieren culpar a lo desconocido antes que aceptar que sus actos son los que definen su propio bienestar.

—¡Las tierras no producen! ¡los animales se mueren por falta de forraje! ¡Maldito sea Lucifer! ¡esto es culpa de él! a puesto sus ojos impuros en nuestro pueblo. ¡Eso tiene que ser! todos padecemos por su culpa. Hasta el padrecito no sabe a qué santo debemos encomendarnos para que interceda por nosotros en el cielo.

La niña era testigo involuntario de la exaltación cada vez mayor de los hombres y eso le causaba mucha pena en contra de alguien que ni siquiera conocía: Lucifer.

A partir de esa noche, de rodillas en el frío piso de rústicas baldosas, oraba con más fuerza, hacia un repaso diario de sus encomendados, solo que esta vez el final de su oración incluyó a Lucifer.

—Por favor señor dios, bendice a Lucifer a quien no conozco pero que todos odian. Ayúdalo para que no se sienta solito y a lo mejor por eso piensan que es malo. Pero no entiendo, si ellos no lo han visto hacer travesuras o maldades entonces ¿por qué lo culpan?, por favor señor cuídalo mucho.

Acostumbrados a que las plegarias de su hija tardaran más tiempo del normal, solo la veían iniciar con sus súplicas diarias, pero en muy raras ocasiones se quedaban hasta el final de las mismas. De esta forma transcurrió un tiempo en el



cual no supieron el alcance de la hija «blasfema». Esto ocurrió por obra de la casualidad.

La madre después de dejar a su hija en el retiro de sus plegarias, se había retirado con el propósito de descansar, pero una repentina sed, más fuerte que su pereza le hizo regresar por el pasillo en busca de una jarra con agua, al pasar frente a la puerta entreabierta de la habitación de su hija, escuchó impactada el final de la oración.

—Y no olvides señor, no desamparar a Lucifer, la gente no lo quiere, pero como dice mi papá, aquellos que más lo necesitan son por los que se debe orar. Y yo creo que él lo necesita.

La mujer presa de rabia y horror, entró como la tempestad y levantó sin mucho miramiento a su hija del frío piso y la recriminó duramente.

—¿¡Qué haces!?! ¿estás loca acaso? —ante los gritos el padre acudió de inmediato, descalzo y casi en puntillas por el dolor que le ocasionaba el helado piso, llegó para ver el motivo del escándalo, mucho le llamó la atención su iracunda mujer.

—Deja a la niña, ¿qué haces mujer? —¡Tu hija que está loca! ¡Está pidiendo al cielo por el diablo!

El hombre las miro a amabas, estaba estupefacto, no creía lo que su mujer decía, al menos no la forma en la que lo decía. Se abalanzó sobre la niña y la sujetó con fuerza, entonces ella en pleno uso de su inocencia y dándoles más razones de la que un jurista necesitara para condenar a un reo, intentó convencerlos de debían ayudar a lucifer.

Intentaron desde el fondo de su rudimentario entendimiento, intentando abrir los cerrojos —cerrados desde su ya lejana niñez por la iglesia y sus creencias— hacerle entender que eso no estaba bien. La acomodaron en su cama y esperaron hasta verla dormir. El sueño de la niña se veía tan placentero que no había duda que en su solicitud la malicia no tenía lugar.

Estos episodios se repitieron con más constancia de la que los atribulados desearan, pensaban para sus adentros —sin atreverse a confesarlo el uno a l otro— ¿qué ocurriría si esto llegaba a oídos de sus vecinos?

Impusieron todo tipo de castigo a la pobre niña, pero ella lejos de intimidarse, como si fuera una pequeña Juana de Arco, renovaba sus votos diariamente, y pedía entonces con más fervor que ayudaran al pobre lucifer.

La falta de razones válidas por parte de sus padres para justificar la maldad de lucifer, no hacía otra cosa que aumentar sus dudas respecto a esta.



Recordaba escuchar a su abuela y en la iglesia misma decir —sean buenos cristianos temerosos de dios y no cometan actos impuros. Y ella consideraba que su abuela y el sacerdote eran gente sabia.

Preocupados por la lucidez de la niña o temiendo que fuera víctima de un embrujo —muy común en los días en los que esta historia tuvo lugar— acudieron a buscar al cura del pueblo para que los aconsejara al respecto. Salieron desde muy temprano por la mañana, su hija aun dormía, no deseaban exponerla a juicios prematuros, sin que primero ellos dieran su propia versión al clérigo.

Cuando la pequeña se levantó, buscó a sus padres por toda la casa sin encontrarlos, el miedo no se hizo presenta en ella, pensó que volverían pronto, entonces se dirigió a la cocina en busca de agua, las vasijas de barro estaban vacías, su sed la obligó a ir al pozo en busca de esta.

Tiró el cubo de madera en el interior, la cuerda le lastimó las manos y el cubo fue a dar al fondo con un ruido característico al chocar en la superficie. Preocupada porque le llamarían la atención se asomó sobre el brocal tratando de idear como recuperarlo, sus labios se movían en una plegaria silenciosa, solo su cabeza tenía registro de sus palabras. Se paró en la punta de sus pies, perdió el equilibrio y se precipitó sin control al interior.

Cuando los padres llegaron, resonaban aun dentro de ellos, las duras palabras del sacerdote por no haber actuado a tiempo para evitar que esas aberraciones continuaran y conminándolas a que en forma inmediata la preparan para la comunión.

El episodio de encontrar a su hija en el pozo, muerta por supuesto, solo guarda dolor, tanto que no hubo un rincón en todo el pueblo y en los vecinos y mucho más allá, hasta los lugares remotos donde la voz de alguien replicara a su manera los acontecimientos sobre la desdichada familia.

El pueblo entero se dio cita en la casa desprovista de lujo alguno, tal vez en algún tiempo las comodidades o una mejor situación tuvieran lugar allí, pero eso era solo un recuerdo.

Los curiosos se arremolinaban en el exterior de la casa, dentro la niña yacía sobre una mesa cubierta por mantel blanco, se la veía con la misma placidez con la cual solía dormir. Solo la extrema palidez de su rostro decía a los presentes que ella ya no era de este mundo. Las velas de cebo, un tanto torcidas buscaban iluminar con un sendero de luz a la niña para que no se perdiera.



Llegó el sacerdote con la preocupación auestas, después de lo que le habían contado temía por el alma de la pequeña. Se comenzó con una colecta entre los dolientes, buscaban en el fondo de sus bolsillos —y no de corazón— alguna moneda que dar, y era curioso ver como la mano tardaba más de lo necesario en salir, pareciera que los dineros se aferraban con bastante mezquindad y temor de salir a luz y cambiar de dueño.

A lo lejos escucharon un alboroto tremendo, provenía del camino de terracería que llevaba al pueblo, una nube de polvo que crecía dejó entrever a quien lo ocasionaba.

Era una carroza blanca, con adornos relucientes en oro, coronada de festones igualmente blancos y tirado por un lacayo al que no se le veía el rostro.



Los seis caballos que tiraban de ella —tan blancos como la pureza de la niña—, parecían volar. Quien sería el señor que se había extraviado en esas tierras cada vez más yermas. La respuesta no tardaría en llegar.

La carroza se detuvo frente a la caza, los convidados y aquellos que no, abrieron paso para esperar a ver quién descendía del vehículo.

La puerta blanca y sin adornos magníficamente pulida se abrió. Un joven caballero de considerable estatura, enfundado en un traje blanco se dejó ver.

Era un hombre pelirrojo, de tanta belleza en sus facciones que solo recordaba haber visto algo igual en las pinturas que adornaban el interior de la iglesia, con una sola diferencia: los ojos.

Estos resplandecían con un fuego tan intenso que aquel que sentía su vista sentía que se su corazón se quemaba en su interior, e inexplicablemente sentían un terror descontrolado por los actos cometidos en su propia vida. Se sentían juzgados y condenados al mismo tiempo.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

El conductor del carruaje, ayudado de otro lacayo que descendió del interior, bajaron un ataúd construido en alabastro puro y lo encaminaron al interior, depositaron el cuerpo de ella y lo cerraron a la vista de los presentes, se diría que el donante pensara que eran indignos de mirarla siquiera.

Cuando esto ocurrió, el joven lloró tan amargamente y con tanto dolor contenido que los presentes lo sintieron como propio ¿quién lloraba así? ¿quién transmitía tanta tristeza y congoja?

Como si los pensamientos de todos aquellos que fueron testigos quedaran al desnudo, o fueran dichos en voz alta, el extraño los miró a cada uno, incendiándolos de pena y remordimientos, y dijo


«Soy el fruto de vuestras propias culpas, aquel a quien invocáis para delegar vuestros propios pecados; me habéis llamado de todo, de buscador y tentador de almas, traídos, enemigo vuestro y el que reside allá arriba, las ofensas hacia mí han sido tantas y tan variadas como vuestras estúpidas caras que me miran con miedo. Pero ella, la que está ahí, privada de vida, con su inocencia y dulzura, con su amor que no conoció de enemigos ni de maldades; noche tras noche a pesar de los castigos que le eran impuestos por sus duros e ignorantes padres, no dejó de orar por mí, no lo hizo ni una sola noche»

Los padres lo miraban incrédulos y a pesar de la claridad de sus palabras no El padre de la menor se dirigió a él cuando lo vieron darles la espalda, y lanzaron la pregunta que todos deseaban hacer.

—¿Quién eres que tanto dolor sientes por la muerte de mi hija?

El caballero de blanco, lo miró una vez más antes de subir a su carruaje y contestó.

«Busca mi nombre en el final de las oraciones de tu hija y me encontrarás»

El vehículo se perdió por el camino por el cual había llegado, tras él quedaba un grupo de gente que aumentaba en su miedo y estupor por lo recientemente ocurrido, y, más aun, pues en el lugar donde las lágrimas del visitante cayeran al suelo, rosas tan rojas como la sangre brotaban como un último tributo a la niña muerta. 



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial